no bastan á compensar la más pequeña bajeza de un hombre. *(Saludándola friamente.)* Serenaos, señora, porque estais segurísima.

JULIA.—*(Sorprendida.)* ¡Conde!... ¡Qué mudanza!

FIESCO.—*(Con absoluta indiferencia.)* No, señora; teneis razon que os sobra. Ambos no podemos sacrificar nuestro honor más que una sola vez. *(Le besa cortesmente la mano.)* Permitidme, pues, que os ofrezca mis respetos. *(Hace que se va.)*

JULIA.—*(Deteniéndole.)* ¡Aguarda!... pero deliras... ¡aguarda!... Quieres forzarme á que te diga abiertamente lo que todos los hombres, de rodillas y con lágrimas en los ojos, no hubieran podido arrancar á mi orgullo. ¡Oh desdicha mia!... No es bastante esa oscuridad á ocultar el ardor que harto muestra mi rostro inflamado. ¡Ah Lavagna! Ultrajo mortalmente á mi sexo... seré odiada para siempre... Fiesco, ¡te adoro! *(Cae á sus piés.)*

FIESCO.—*(Retrocede y sin alzarla suelta una carcajada de triunfo.)* Lo siento, señora. *(Llama, levanta el tapiz y presenta á Leonor.)* ¡Mi esposa!... Una mujer divina. *(Se echa en brazos de Leonor.)*

JULIA.—*(Se levanta gritando.)* ¡Oh inaudita traicion!

ESCENA XIII.

Salen en tropel los CONJURADOS, y por otra puerta las damas. FIESCO, LEONOR y JULIA.

LEONOR.—¡Oh, esposo mio!... Esto es demasiado.

FIESCO.—Otra cosa no merecia un mal corazon. Debia esta satisfaccion á tus lágrimas. *(A los presentes.)* No, señores mios, no: no estoy habituado á perder el juicio, como un mozalbete, á la menor ocasion. Las locuras de los hombres me divierten mucho tiempo

antes de arrebatarme. Esta mujer es merecedora de toda mi cólera, porque habia preparado para un ángel este veneno. *(Lo muestra á todos, que retroceden con espanto.)*

JULIA.—*(Devorando su ira.)* Bien... muy bien... divinamente, caballero. *(Hace que se va.)*

FIESCO.—*(Deteniéndola.)* Un poco de paciencia, señora, que no he acabado todavía. Cuantos me oyen sabrán con placer por qué abdiqué mi razon, hasta el punto de representar esta insensata farsa con la mujer más insensata de Génova.

JULIA.—*(Enfurecida.)* Es insoportable, pero tiembla. *(Amenazante.)* Dória empuña el rayo en Génova, y yo soy su hermana.

FIESCO.—Si este es vuestro último veneno, peor para vos. Por desgracia, puedo anunciaros que Fiesco de Lavagna hizo con la corona que robó vuestro serenísimo hermano, una cuerda con que ahorcar esta misma noche al usurpador de la República. *(Julia palidece. Fiesco continúa sonriendo.)* ¡Ah!... ¡ah!... no lo esperabais, y sin embargo *(con ironía creciente)* ved por qué me pareció conveniente ocupar en algo la curiosidad de vuestros allegados, y me entregué á esa pasion de arlequin, y abandoné *(señalando á Leonor)* ese diamante, por correr tras ese brillante falso. Os doy las gracias por vuestra complacencia, señora, y abandono mi disfraz. *(Le devuelve el retrato haciendo una profunda reverencia.)*

LEONOR.—*(Suplicante, á Fiesco.)* ¡Ludovico mio!... Está llorando la pobre. Leonor se atreve á suplicarte temblorosa...

JULIA.—*(Con arrogancia, á Leonor.)* Cállate, odiosa criatura.

FIESCO.—*(A un criado.)* Sed galante y ofreced el brazo á la señora, que desea visitar mi prision de Estado. Cuidareis bajo vuestra responsabilidad de que nadie

la importune... Como sopla mucho el aire afuera... la tormenta que derrumbará esta noche el trono de Dória podria echar á perder su peinado.

JULIA.—(*Sollozando.*) Así te mate la peste, perverso y profundo hipócrita. (*A Leonor, colérica.*) No te goces en su triunfo; tambien á tí te perderá y se perderá á sí mismo... La desesperacion le aguarda. (*Vase.*)

FIESCO.—(*A los convidados.*) Habeis sido testigos de lo ocurrido; os suplico que vengueis mi honor en Génova. (*A los conjurados.*) Venid por mí en cuanto suene el primer cañonazo. (*Todos se van.*)

ESCENA XIV.

LEONOR.—FIESCO.

LEONOR.—(*Se le acerca con ansiedad.*) ¡Fiesco, Fiesco! sólo os comprendo á medias, pero empiezo á temblar.

FIESCO.—(*Gravemente.*) Leonor, os ví siempre á la izquierda de una genovesa, y en la asamblea de los nobles ser la segunda en el besa-manos. Esto, Leonor, me lastimaba. He decidido que debia cesar y cesará. ¿Ois el bélico tumulto de mi palacio? ¡Cuánto temiais, es verdad... Id á descansar, Leonor, que mañana amanecereis duquesa.

LEONOR.—(*Juntando las manos se echa en un sillon.*) ¡Oh Dios mio!... ¡Mis presentimientos!... Estoy perdida.

FIESCO.—(*Con calma y dignidad.*) Dejadme hablar, amor mio. Dos de mis antepasados ciñeron triple corona, y la sangre de los Fiesco sólo corre á placer bajo la púrpura. ¿Por qué ha de renunciar vuestro esposo á este hereditario esplendor? (*Animándose por grados.*) ¿Por qué ha de fiar su grandeza á la suerte, que le dió

en un dia de mal humor, por cerrar el paso á un Juan Ludovico Fiesco con los restos de un viejo y enmohecido pasado? No, Condesa; soy demasiado altivo para esperar á que me dén lo que yo puedo tomarme por mi mano. Esta misma noche he de arrojar á la tumba de mis abuelos los esplendores que heredé. Los condes de Lavagna han muerto y empiezan los príncipes de Lavagna.

LEONOR.—(*Mueve la cabeza, fija la vista en el vacío, como alucinada.*) ¡Qué veo! Cae al suelo mi esposo, mortalmente herido. (*Con voz sombría.*) ¡Ahora desfila un silencioso cortejo que me trae el cadáver destrozado de mi esposo! (*Levantándose con espanto.*) La primera y única bala que se dispara, atraviesa el corazon de mi Fiesco.

FIESCO.—(*Asiéndole la mano con ternura.*) Cálmate, hija mia. Esta bala no me tocará.

LEONOR.—(*Le contempla seriamente.*) ¡Tanto puedes fiar en el cielo! Más que existiera una sola probabilidad, entre mil, esta milésima probabilidad podria acaecer y perderia á mi esposo. Mira, Fiesco, que te juegas la misma salvacion, y aunque fuesen mil contra una ¡cómo serás tan atrevido que eches suertes y lances á Dios tan audaz reto? No, esposo mio. Cuando se arriesga el todo por el todo, cada golpe de dados es un acto sacrílego.

FIESCO.—(*Sonriéndose.*) No temas. La fortuna y yo somos buenos camaradas.

LEONOR.—Esto dices, y persistes en ese juego que consume el corazon. ¡A eso llamais pasatiempo! Harto conoces cómo la traidora sabe atraerse á su predilecto con algunos golpes felices, hasta que se levanta enardecido y con el intento de cargar con todo... ¡Entonces le abandona á su desesperacion! ¡Oh esposo mio!... no, no saldrás á la calle para ganarte el afecto de los genoveses; no irás á arrancar de su sueño á

esos republicanos. Domar un caballo fogoso no es lo mismo que sacarle á paseo. Fiesco, no te fies de los rebeldes; Fiesco, mira que los astutos que te excitan, te temen, y los necios que te divinizan, de nada han de servirte. Donde quiera que vuelvo los ojos, veo la perdicion de mi Fiesco.

FIESCO.—(*Paseándose á lo largo.*) La falta de valor es el peor de los males. Algun sacrificio debe hacerse para alcanzar grandeza.

LEONOR.—La grandeza... ¡Fiesco!... ¡Ah! ¡Si supieras cómo me lastima la superioridad de tu genio! Mira; tengo confianza en tu suerte, y quiero creer que triunfarás... pero, entonces ¡ay desdichada de mí! seré la más infortunada mujer que hubo en el mundo. Desgraciada, si te estrellas; más desgraciada todavía si vences. No hay medio, amigo; si Fiesco no es dux, está perdido; si llega á serlo, he perdido á mi esposo.

FIESCO.—No te comprendo.

LEONOR.—¡Ah, Fiesco mio! Sécase bien pronto en las agitadas regiones del trono la flor delicada del amor. El corazon del hombre (aunque este hombre sea el mismo Fiesco) es estrecho para contener las dos divinidades poderosas que se aborrecen mutuamente. El amor vierte lágrimas; la ambicion tiene los ojos de bronce, que jamas humedeció el sentimiento. El amor ansía un solo bien y rechaza el resto de la creacion entera; la ambicion, ni con la creacion entera se sacia. Convierte el mundo en calabozo horrísono con el rumor de las cadenas, mientras el amor con sus ilusiones trueca en paraíso el desierto. Vendrás á descansar en mi regazo, y un vasallo rebelde atacará el imperio en aquel instante; iré á tí con los brazos abiertos, y con la ansiedad del déspota sentirás los pasos del asesino tras un tapiz y huirás de sala en sala medroso. Sí; el recelo, ojo avizor, turbaria la paz doméstica. Cuando tu Leonor te trajere refrigerante bebida, rechazarias la copa convulso, y acusarias mi ternura de envenenamiento.

FIESCO.—Calla, Leonor. ¡Horrible cuadro!

LEONOR.—No está acabado todavía. Con gusto te dijera: sacrifica el amor á la gloria, sacrifícale tu reposo, mientras sigas siendo para mí el mismo Fiesco. Pero este es el último golpe. Rara vez los ángeles ocupan el trono, y aún más rara vez descienden de él. Quien no debe temer ya al hombre, ¡cómo sentirá compasion por el hombre! Quien puede hacer bueno su deseo con el poder, ¡cómo ha de endulzarlo con tiernas palabras! (*Calla, se acerca á él tiernamente, le coge la mano y le dice con tierna amargura:*) Deja para los príncipes, Fiesco, esta suerte de mal concebidos proyectos del genio ambicioso, mas limitado en su poder;... déjales á ellos el empeño de colocarse entre Dios y la humanidad... ¡Fatales creaciones... y aún más fatales creadores!

FIESCO.—(*Se pasea agitado.*) Cesa, Leonor; es tarde; he quemado mis naves.

LEONOR.—(*Contemplándole con ternura.*) ¿Y por qué, esposo mio? Sólo los hechos son irreparables. (*Con ternura y malicia.*) ¡Cuántas veces me has jurado que mi belleza te hizo olvidar todos tus proyectos!... Entonces ó jurabas en falso, hipócrita, ó mi belleza se ha marchitado bien pronto. Di tú quién tiene la culpa. (*Le abraza con pasion.*) Torna á mis brazos... Ten firmeza y renuncia á tus designios. El amor te recompensará. ¿No te basta mi corazon para apagar tu sed ardiente? ¡Oh Fiesco! Si no lo puede el amor, menos lo podrá una corona. (*Con cariñoso acento.*) Ven, quiero prevenir todos tus deseos, y reunir en un beso todos los hechizos de la vida, y retener con lazo celestial á mi noble prófugo... Tus deseos son infinitos... y el amor tambien lo es, Fiesco. (*Enternecida.*) ¡Hacer feliz á una pobre criatura que halla un paraíso en tus

brazos... ¿esto puede dejar un vacío en tu corazon?

FIESCO. — (*Vivamente conmovido.*) ¿Qué hiciste, Leonor mia? (*Cae sin fuerza en sus brazos.*) Ya no podré presentarme á los genoveses.

LEONOR.— Huyamos, Fiesco: afuera la vana pompa; vivamos en las regiones ideales del amor. (*Le estrecha en sus brazos enajenada.*) No nublará el pesar nuestras almas, serenas como el límpido azul del cielo, y cual sonoro manantial refluirá nuestra vida al seno de Dios.

(Suena un cañonazo. Fiesco se liberta de los brazos de Leonor. Salen los conjurados.)

ESCENA XV.

LOS CONJURADOS. — LEONOR. — FIESCO.

LOS CONJURADOS. — ¡Llegó la ocasion!

FIESCO. — (*A Leonor, con firmeza.*) ¡Adios para siempre!... ó mañana tendrás la ciudad á tus plantas. (*Hace que se va.*)

BORGOGNINO. — (*Exclama.*) ¡La Condesa se desmaya! (*Leonor cae sin sentido, y todos acuden á socorrerla. Fiesco se echa á sus piés.*)

FIESCO.— (*Con desgarrador acento.*) ¡Leonor!... ¡Salvadla!... En nombre del cielo... ¡Salvadla! (*Rosa y Arabella acuden.*) Abre los ojos. (*Se levanta con resuelto ademan.*) Vamos á cerrar los de Dória.

(Los conjurados corren en tropel hácia la puerta. Cae el telon.)